

DOSSIER / ARTÍCULO

Milana, Paula; Ossola, María Macarena y Sabio Collado, María Victoria (2015). "Antropología social y alteridades indígenas. Salta (1984-2014)", *Papeles de Trabajo*, 9 (16), pp. 192-226.

RESUMEN

En la búsqueda por determinar aspectos que singularicen los modos en que la antropología ha abordado la "cuestión indígena", este artículo propone analizar ciertas producciones que definieron agendas de investigación en torno a los pueblos indígenas de la provincia de Salta. El objetivo es identificar continuidades y transformaciones en las líneas de indagación (temáticas elegidas, categorías analíticas, enfoques teóricos y propuestas metodológicas) desde el año 1984 hasta nuestros días. Dentro de este recorte temporal y espacial, se retoma y problematiza una clásica diferenciación entre "tierras altas" y "tierras bajas". Luego, se profundiza en tres regiones particulares: Alto Bermejo, Valles Calchaquíes y Chaco salteño. Se exploran los diferentes modos en que la disciplina ha designado y estudiado a los "otros" en dichas áreas, las metodologías empleadas e intereses investigativos.

Palabras clave: *Salta, antropología, Alto Bermejo, Valles Calchaquíes, Chaco salteño, Pueblos Indígenas.*

ABSTRACT

This article analyzes anthropological research which has been central in establishing indigenous people's agendas in Salta (Argentina). The main objective is to identify continuities and changes on research topics conducted in the Province of Salta from 1984 until the present, such as analytical categories, theoretical perspectives, and methodological proposals. The article begins with the characterization of the classic anthropological division in the area: "highlands" and "low lands". Then, focuses on three different regions: *Alto Bermejo, Valles Calchaquíes* and *Chaco salteño*. Exploring the modalities in which the discipline has studied "others" in these three spaces, the emphasis is placed on questioning the methodologies and identifying research interests.

Key words: *Salta, Anthropology, Alto Bermejo, Valles Calchaquíes, Chaco salteño, Indigenous people(s).*

Recibido: 2 / 10 / 2013

Aprobado: 12 / 03 / 2014

Antropología social y alteridades indígenas. Salta (1984-2014)

por **Paula Milana,¹ María Macarena Ossola²
y María Victoria Sabio Collado³**

Introducción

Este artículo analiza el corpus de trabajos antropológicos realizados sobre la cuestión indígena en Salta,⁴ provincia que destaca por la diversidad cultural y lingüística de los pueblos que la ocupan.⁵ El objetivo es reconocer tensiones,

1 Licenciada en Antropología (Universidad Nacional de Salta). Doctoranda en Antropología Social (UNSa/UBA). Miembro del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH). Becaria doctoral de CONICET. mp_milana@yahoo.com.ar.

2 Doctora en Antropología (UBA). Becaria posdoctoral de CONICET, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH-UNSa). Profesora de la Tecnicatura Superior en Educación Intercultural Bilingüe (Universidad Nacional de Santiago del Estero). maca_ossola@yahoo.com.ar.

3 Licenciada en Antropología (Universidad Nacional de Salta). Doctoranda en Antropología Social (UNSa/UBA). Miembro del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH). Becaria doctoral de CONICET. mvsc_salta@yahoo.com.ar.

4 Aclaramos que este trabajo no constituye un repaso exhaustivo y total de las producciones realizadas en o desde Salta. Se trata, más bien, de una recensión crítica de un conjunto de tales producciones.

5 Salta cuenta con el mayor número de pueblos indígenas del país y con una población de 79.204 individuos declarados indígenas o descendientes, lo que representa un porcentaje del 6,5% respecto de la población total de la provincia (INDEC, 2010). El Gobierno provincial reconoce *formalmente* a nueve pueblos indígenas: chané, chorote, chulupí, diaguita calchaquí, guaraní, tapiete, toba, kolla y wichí. Otros cinco pueblos se encuentran luchando por su reconocimiento: atacama, iogys, lule, tastil, weenhayek.

continuidades y transformaciones en las investigaciones vinculadas a la temática y en determinadas áreas del territorio provincial. Ello implica la identificación y el análisis de variables claves en el estudio: tópicos, categorías analíticas, enfoques teóricos y propuestas metodológicas. Como eje unificador, se ha propuesto captar ciertas tendencias en torno a los modos de definición, categorización y registro de los “otros” indígenas en tanto sujetos y/o objetos de estudio de la disciplina, en un período que abarca la reapertura democrática y llega al presente. También se hace referencia a trabajos previos que remiten a una temporalidad más amplia y permiten poner en perspectiva lo sucedido antes y después de 1984.

En concordancia con el recorte provincial y la dimensión temporal que propone este dossier, se aborda la producción antropológica seleccionada siguiendo otro criterio —arbitrario— que significa la regionalización cartográfica entre “tierras altas” y “tierras bajas”. En primer lugar, se retoma esta histórica distinción⁶ en la medida en que fijó criterios para clasificar y conceptualizar la diversidad y goza actualmente de un relativo consenso (cotejar con Boasso y Navamuel, 1981; Occhipinti, 2003; Rodríguez, 2005). Un “juego de distinciones y jerarquizaciones entre pueblos de tierras altas y bajas” similar al de Perú y Bolivia (Briones, 2005: 30) que se convertiría en un modelo explicativo generalizado por la arqueología sudamericana (Coll Moritán, 2009)⁷ y la argentina en particular. Nos interesa abordar algunos de los efectos de este modelo en la caracterización de las especificidades histórico-culturales de la región del Noroeste argentino (NOA).

En segunda instancia, la distinción se realiza sobre la base de la particularidad de los trabajos antropológicos en cada una de las siguientes subregiones: Chaco salteño, Alto Bermejo y Valles Calchaquies.⁸ En ellas, buscamos explorar las particularidades en el estudio disciplinar y dar cuenta de los modos heterogéneos en que se aborda y conceptualiza la diversidad cultural que compone el paisaje salteño y aldeaño. Consideramos que esto contribuiría a la reflexión acerca de los modos en que la antropología aportó a la construcción de la *cartografía salteña de alteridad* (Briones, 2005).⁹

6 Sin pretender realizar un rastreo genealógico, podemos expresar, de acuerdo con Rodríguez Mir (2008) que esta división socioambiental remite a una clasificación colonial: “... ya desde la época de la Colonia existió una diferenciación entre las sociedades indígenas, es decir entre aquellas que se asociaban con ‘las altas culturas’ (mayas, incas, aztecas) de las sociedades indígenas de ‘tierras bajas’ (sociedades cazadoras, recolectoras, nómadas)” (2008: s/p).

7 “Como consecuencia del desconocimiento de algunas zonas y los presupuestos adoptados, desde comienzos de este siglo se planteó la existencia de dos grandes divisiones, geográficas y culturales, dentro de la Arqueología de Sudamérica: las tierras altas y las tierras bajas” (Núñez Regueiro y Tartusi, 1987, en Coll Moritán, 2009: 155).

8 Acordamos con que estas clasificaciones no deben tomarse como meros datos, por el contrario, consideramos necesario avanzar en la problematización de su histórica construcción, lo cual será objeto de futuros trabajos.

9 Retomando la propuesta conceptual de Briones (2005), buscamos aportar al conocimiento

El recorte por el que optamos tiene, al menos dos consecuencias: por un lado, las dificultades que derivan de retomar áreas que traspasan fronteras provinciales e incluso nacionales.¹⁰ Por otro, dentro de la misma cartografía provincial, implica marginar el abordaje de otras subregiones que terminarían de configurar la cartografía salteña de alteridad y que refieren a la Puna, el Valle de Lerma, la Quebrada del Toro y la ciudad de Salta (cabecera de la provincia, que cuenta con dinámicas propias).¹¹

El corpus de textos analizados reúne voces provenientes de un amplio espectro en antropología social e intenta adecuar la selección del material a cierto criterio de representatividad. En este sentido, se incorporan tanto las producciones ineludibles de autores consagrados como los aportes realizados a la disciplina desde Salta.¹² Ello no implica perder de vista las posibles interconexiones de estos trabajos locales con las líneas investigativas de los centros nacionales e internacionales de producción de conocimiento, sino que busca detectar estas interlocuciones de saberes y prácticas antropológicas.

El artículo se divide en tres secciones. A modo de introducción, realizamos un acercamiento al curso tomado por la antropología en Salta y situamos a la provincia en el devenir de la antropología argentina. En la segunda sección, nos acercamos a los sentidos asociados al estudio de los indígenas, aludiendo a la división entre *tierras bajas* y *tierras altas* que ha sido central para situar a los indígenas en ciertas zonas y desdibujar

de las formas específicas en que se consolidó la relación de alteridades provinciales internas y, con ello, los modos en que se han generado particulares representaciones localizadas de otredad local.

10 Estas "subregiones" representan espacios que traspasan lo provincial e involucran provincias aledañas como Formosa, Chaco, Jujuy, Catamarca, Tucumán y hasta países vecinos como Bolivia y Paraguay. Por cuestiones de espacio y exhaustividad, en este artículo daremos prevalencia, aunque no nos circunscribiremos taxativamente, al análisis de aquellos trabajos realizados dentro de las fronteras provinciales.

11 Cabe aclarar que, a excepción de la Puna, estos espacios no han sido predilectos *locus* de indagación antropológicos. Respecto a la salvedad, parece importante aludir a estudios interesados similarmente en la tarea que aquí proponemos. Se trata del esfuerzo de Benedetti (2014), por desmenuzar las imágenes hegemónicas sobre la Puna y revisar el modo en que se fue construyendo esta categoría como región geográfica, desde discursos dominantes entre los siglos XIX-XX, caracterizaciones aún vigentes en distintas instituciones, limitantes en la comprensión e intervención en la zona. Para un análisis detallado sobre la Puna, en la provincia de Salta, ver Abeledo (2014). Para Quebrada del Toro, ver Pastrana (2012).

12 La apuesta de este abordaje implica un ejercicio reflexivo en la autoría de quienes escriben. Estas cuestiones nos atraviesan, por un lado, como investigadoras locales de la Universidad Nacional de Salta (UNSa), establecimiento donde el desarrollo de la disciplina fue tardío, pero en permanente vinculación con centros académicos con reconocidas y consolidadas tradiciones de investigación antropológica, las cuales han definido de manera considerable a Salta como *locus* de indagación antropológica. Por otro lado, este artículo se realiza en el marco de la formación de posgrado y en el intercambio de experiencias e inquietudes gestadas en las trayectorias investigativas de cada una de las autoras, las cuales confluyen en el ejercicio de la antropología con pueblos indígenas en Salta.

los rasgos de indigenismo en otras áreas.¹³ A modo de cierre, el tercer y último apartado propone líneas de diálogo para pensar la temática indígena en relación con los textos académicos y reflexiona sobre los modos de encarar la práctica antropológica.

La antropología en Salta, Salta en la antropología argentina

El NOA se consagró tempranamente como locus antropológico por excelencia. Esta consagración se retrotrae a los momentos germinales de la disciplina en Argentina, así como a los tiempos mismos de la consolidación del Estado-nación. El espacio provincial fue explorado desde fines del siglo XIX por viajeros, naturalistas y exploradores que luego serían considerados los padres fundadores de la disciplina en el país. Para estos investigadores, representantes de centros científicos radicados en Buenos Aires y La Plata, las provincias del NOA eran prometedoras no solo por la importancia de su poblamiento prehispánico, sino, ante todo, por la continuidad *de hecho* de dichas poblaciones (Karasik, 2008-2009). Con este propósito, se concentraron en grupos humanos y patrimonios culturales que suponían fuera de la modernidad: “los pobladores indígenas del territorio nacional, extintos o vivientes, y los mestizos rurales portadores de pautas y costumbres tradicionales” (Guber y Visacovsky, 2002).

La condición fronteriza de esta región fue otro elemento clave. Hablar de precursores en los inicios de las ciencias antropológicas implica también referir a misiones científicas-positivistas entrelazadas a fines militares. Un período donde se buscaba ocupar efectivamente los territorios y preservar las fronteras, y, a la vez, forjar el Estado argentino siguiendo los lineamientos de un proyecto de nación capitalista definida sobre la base de la blancura genérica de sus habitantes.

Durante gran parte del siglo XX, los indígenas de estas tierras serían objeto de la radicación de una etnografía convertida “en una arqueología del viviente, una acumulación de curiosidades para deleite de eruditos” (Ratier, 2010: 5). En cambio, otros espacios serían pensados a partir del proceso modernizador y la etnografía tomaría forma de un trabajo de prospección o excavación del pasado en el presente. De esta manera, en el discurrir de la cuantiosa producción antropológica-o-afín (aquellos ámbitos interesados en el abordaje de las alteridades) realizada durante más de una centuria, el NOA se fue construyendo como área clave de

13 En términos generales, las tierras altas constituyen tierras de campesinos –que ya forman parte del sistema capitalista de producción– o de sujetos culturalmente mestizos, desprovistos de marcas étnicas puras por la fuerza de la historia y el curso “natural” de la evolución. Las tierras bajas, por el contrario, remiten al territorio de los indios, espacios tardíamente incorporados al dominio estatal.

reflexión sobre “lo indígena” por parte de arqueólogos, etnólogos, folklorólogos, etnohistoriadores, en su pasado o en su contemporaneidad.

Si bien la región se destacó como terreno privilegiado de investigaciones empíricas, realizadas principalmente por estudiosos no salteños, recién en la década de los setenta comenzaron a tener efecto diversas iniciativas para institucionalizar la disciplina antropológica a nivel local y regional. En Salta, la Licenciatura en Antropología nació en 1974, en un corto interregno democrático y orientada al pensamiento marxista, reemplazada luego por un lineamiento “nacional y popular” y finalmente dominada por una postura “anti” marxista dominante durante el proceso militar (Martínez, 2005; Naharro, 2014). El gobierno de facto implicó, entre otras cuestiones, el vaciamiento de la orientación social original y de toda visión histórica (con la que fue creada), lo que dio paso a una etnología fenomenológica centrada en el estudio de las características biológicas o raciales, las pautas culturales y el “pensamiento mítico-primitivo” de los pobladores del Chaco. Focalizada en el exotismo, la antropología local remitía centralmente al estudio de los indígenas como “otros culturales que debían ser integrados, desarrollados, retenidos como fuerza de trabajo y estudiados para rescatar cosmogonías o prácticas culturales” (Martínez, 2005: 31). Por otra parte, el estructural funcionalismo era una opción para quienes realizaban sus estudios en espacios de “campesinos” y “sociedades folk”.

Con el retorno de la democracia y de la reapertura de las inscripciones de la carrera de Antropología en Salta en 1985, el plan de estudios de ese año borrará todo vínculo de la antropología con lo folklórico y lo etnológico, y dará lugar a un retorno a los estudios sociales de impronta marxista, con enfoque local y regional. Los análisis de cuestiones indígenas tienen tres virajes. Primeramente, las condiciones de marginación y abandono de los indígenas en la provincia y la propuesta de que las identidades indígenas sean reconocidas por el Estado empiezan a ser tematizados en los trabajos locales (Lescano, 1981). En segundo lugar, la dimensión política de las luchas indígenas empieza a ser atendida, desentrañando y desplazando la visión del indígena como el “buen salvaje” apolítico. Por último, los indígenas son desanclados de su clásico espacio, al afirmarse que los pueblos de los valles, quebradas y la puna salteña tienen una identidad cultural definida y reconocen su raíz prehispánica (Torres Vildoza, 1981), si bien la cuestión étnica continúa fijándose mayoritariamente en las tierras bajas.¹⁴ En este sentido, las zonas propensas al análisis bajo un enfoque de la diversidad en clave campesinado seguirán siendo aquellas del mapa salteño por fuera del área del Chaco

14 De ello da cuenta el Censo Indígena Provincial de 1984, realizado únicamente en los departamentos de la provincia que circunscriben a la región chaqueña.

(cuando podríamos advertir que las tierras bajas también cuentan con campesinos). Con esto pretendemos ilustrar un panorama analítico predominante, como trabajaremos a continuación, hasta fines de la década de los noventa, momento de reconfiguraciones identitarias-políticas y de “emergencia” de lo étnico en casi la totalidad del territorio provincial. Aquí, la antropología local y nacional debe redefinir su “objeto”, revisar los instrumentos teóricos y analíticos, posturas epistemológicas, metodológicas e incluso éticas (Flores Klarik, 2011).

Entre “tierras altas” y “tierras bajas”

Como ya se adelantó, en el NOA en particular, aunque de manera extendida a otros países de Sudamérica, se construyó una dicotomía étnico-regional entre las llamadas “tierras altas” y las “tierras bajas” (Briones, 2005; Lanusse y Lazzari, 2005). Se trata de una diferenciación ambiental que incluye referencias socioculturales y organizativas de mayor alcance. Por un lado, el mundo andino: la Puna salteña y jujeña, la Quebrada de Humahuaca, los Valles Calchaquíes y la Cordillera Oriental salteña (Iruya, Santa Victoria y la parte oeste de Orán). Por otro, el monte y la selva (Raffino, 1999). En líneas generales, esta división construyó dos unidades territoriales y culturales independientes, que en el caso de Salta serían llevados al extremo exotismo con el Chaco (límite bajo) y la Puna (límite alto). En este mapa de alteridades, ciertas regiones aparecen como *locus de indios*, mientras que otras son representadas como espacios de *mestizos*, de *campesinos* con raíces indígenas o directamente como *tierras sin indios*. Asimismo, muchas veces son tomadas como unidades socioterritoriales herméticas, que impiden visualizar los movimientos humanos entre diferentes geografías.

Durante las últimas décadas, esta manera de conceptualizar las diversidades se ha visto cuestionada (ver Rodríguez, 2005), si bien continúa siendo utilizada de forma frecuente. Sin realizar una genealogía sobre su constitución, aquí buscaremos articular algunos datos que permitan avanzar en tal dirección, a modo de acercamiento inicial. El seguimiento de ciertas pistas permitiría sostener que tal división proviene del campo arqueológico y es una impronta de las primeras investigaciones científicas en la región. Hacia fines de 1980, algunos arqueólogos observan críticamente que su campo disciplinar ha generado la existencia de estas dos grandes zonas, sin conocimientos exhaustivos de la dinámica socioespacial y sin haber revisado los presupuestos que los indujeron a tal planteo (Núñez Reguero y Tartusi, 1987, en Coll Moritán, 2009: 155). Las teorías en boga llevaban a argumentar, además, que las tierras altas fueron espacio de una organización social compleja (sinónimo de

lo andino, relacionado con lo incaico), mientras que las tierras bajas eran su reverso.

En este marco es entendible el siguiente razonamiento: las sociedades andinas habrían sido las que entraron en contacto con la cultura colonial, e inevitablemente, *se mestizaron*. Con este axioma de mestización, las sociedades fueron consideradas como campesinas e integradas a la sociedad nacional, al menos parcialmente. A diferencia de las sociedades del Chaco, menos expuestas a tal penetración, *permaneciendo indias*.

Operando con este supuesto se desarrollaron agendas de investigación bien diferenciadas para cada zona. El Chaco salteño, caracterizado por una configuración sociocultural y lingüística diversa, será consagrado como el ámbito de aquello considerado “auténticamente indio” y, por lo tanto, como el lugar de la práctica etnográfica. Las tierras altas, hasta hace pocos años pensadas como espacios “despoblados de indios” o al menos de indios “íntegros y puros”, serán destinadas a los estudios sobre el campesinado (campesinos pobres, peones o trabajadores rurales) o estudios folklóricos sobre sujetos “mestizos”, desde una perspectiva culturalista y fenotípica.

Estas tendencias, como veremos, dieron un vuelco recién a fines de la década de los noventa, donde en un nuevo contexto sociopolítico, la agenda de temáticas de la antropología empieza a teñirse de preguntas sobre los procesos de (re)emergencias indígenas, movimientos y organizaciones indígenas, articulaciones con el Estado, conflictos territoriales y políticas sociales.

El Chaco¹⁵

El Chaco es una extensa planicie ubicada al centro de América del Sur. Es atravesada por el Trópico de Capricornio y comprende la parte sudeste de Bolivia, nordeste de Argentina (incluye principal, pero no exclusivamente, a las provincias de Chaco, Formosa y al este de Salta) y oeste de Paraguay. El Chaco está dividido en tres subregiones: Chaco Boreal, Chaco Central y Chaco Austral. El Chaco salteño se corresponde con una fracción del Chaco Central, que se ubica entre los ríos Pilcomayo y Bermejo, y que incluye a los departamentos de Rivadavia, General San Martín y parte de Orán. Como se ha señalado más arriba, el Chaco salteño ha sido descrito como “tierra de indios y antropólo-

15 La bibliografía sobre el Chaco salteño es extensa y multiforme. La realización de este sucinto resumen tiene por objetivo contrastar las producciones etnográficas realizadas durante los últimos treinta años en la zona con los trabajos de las otras dos áreas de estudio propuestas en el artículo. Esto conlleva la selección sesgada de autores y temáticas, y la omisión de numerosos estudios publicados sobre la temática.

gos” debido a la larga tradición disciplinar desarrollada en el área. En este sentido, el Gran Chaco ha sido para la antropología argentina, y del noroeste, lo que las islas y sociedades exóticas para la antropología clásica: un lugar etnográfico por excelencia, un espacio que ha permitido “comprender el peso de la historia en el presente” (Gordillo, 2006, citado en Renjifo, 2013). Cabe destacar que ha existido una suerte de división del trabajo entre áreas disciplinares, que suponía que “la sociedad hispano-colonial podía examinarse en los repositorios documentales, una labor reputada exclusivamente ‘historiográfica’, mientras que a la cultura de los pueblos sin letras del Chaco solo podía accederse mediante el trabajo de campo y la encuesta etnográfica” (Santamaría y Lagos, 1992: 1). Sin embargo, hay que hacer notar que esta división es un constructo producido por la historiografía neocolonialista, para cuyos fines era útil la división abrupta de los objetos de estudio y las metodologías a ser desplegadas en cada uno de estos espacios geográficos, ambientales y sociales (Santamaría y Lagos, 1992).

El desarrollo disciplinar en el área chaqueña puede exponerse en cuatro etapas:¹⁶ una primera de atracción naturalista o positivista, un segundo período de interés fenomenológico, un tercer período de inserción de los indígenas del Chaco a los procesos sociales nacionales y contemporáneos y, por último, el actual interés por conocer los vínculos entre los pueblos del Chaco con los Estados nacional y provincial.

Durante la primera etapa (fines de siglo XIX y primeras décadas del siglo XX), diferentes exploradores realizan entradas al Chaco,¹⁷ preocupándose especialmente por la taxonomización biológica (que incluía la humana o etnológica). Surge allí la construcción de los indígenas chaqueños como sujetos ilegítimos de la historia. Sobre uno de los pueblos numéricamente más importante, los wichí, encontramos lo siguiente:

Los wichí son un sujeto de la historia ilegítimo, construido a partir de un académico grupo lingüístico, en cuyo interior unas bandas se adscriben de modo arbitrario a identidades disfuncionales (...) la etnografía clásica, moldeada según la matriz de las ciencias naturales, ignoró en el Gran Chaco a estas diversas sociedades y clasificó a los indios en “etnias”, taxones postulados a partir de una presunta unidad biológica y cultural (Braunstein, 2003, citado en Hecht, 2004: 48-49).

16 Por cuestiones de espacio, se excluyen las producciones que anteceden al siglo XIX. Sin embargo, cabe destacar que los primeros estudios sobre las poblaciones del chaco fueron desarrollados por los misioneros, quienes pusieron especial énfasis en el conocimiento de las lenguas indígenas.

17 Las primeras expediciones científicas al Chaco fueron realizadas por D’Orbigny y Certaux en la segunda mitad del siglo XIX; Palleschi y del Campana a finales del siglo XIX; a principios del siglo XX, Nordenskiöld, Ibarreta y Boggiani; Von Rosen, Karsten, “Expedición Haeger”, Ryden, Palavecino y Métraux y a mediados del siglo XX, Fock (ver Castillo, 1999). Cabe señalar que todas estas expediciones prestaron especial interés la descripción de los pueblos de la zona.

El interés clasificatorio se producía *per se*, como rareza etnológica, y las descripciones de los rasgos culturales eran ubicados por fuera del tiempo histórico occidental, es decir, sin establecer correlaciones entre el modo de vida indígena y el avance y opresión cultural ejercida por la sociedad mayoritaria. Este imaginario se reproduce durante la segunda etapa (desde la década de los treinta), encabezada por la escuela fenomenológica. Los estudiosos enrolados en esta corriente se ocuparon principalmente de la descripción de la organización social de los indígenas del Chaco,¹⁸ la clasificación de las lenguas y mostrando una atracción particular por el estudio de los mitos indígenas. Así, si la primera etapa posicionó a los indígenas del Chaco como sujetos históricos ilegítimos, la segunda etapa instituye la mitología indígena como el área de interés específica para las indagaciones antropológicas. Según Trincherro (2000), la obsesión de los antropólogos por el mito respondía a que estos estudiosos encontraban en el mito la esencia misma de la subjetividad indígena. Así, para saldar la distancia casi “insalvable” entre la racionalidad occidental y el misticismo de los indígenas, era necesario acudir a la antropología fenomenológica, instrumento capaz de ofrecer de mediador “objetivo” entre el mundo de los “primitivos” y del propio del investigador.

Una tercera etapa refiere al intento de incluir a los indígenas del Chaco en el marco de la historia oficial, observando los modos en que los reiterativos avances de la sociedad mayoritaria sobre estos pueblos han incidido de manera considerable en sus configuraciones actuales, ubicándolos en estrecha dependencia de las relaciones capitalistas y de la organización social de tipo moderna/modernizante (Castillo, 1999; Trincherro *et al.*, 1992 y Trincherro, 2000). Esta etapa marca una ruptura epistemológica en los modos de concebir el rol de los antropólogos en el trabajo de campo y también en los sentidos asignados a la producción de conocimientos sobre los pueblos indígenas. A su vez, se produce una fuerte disrupción respecto de los trabajos desarrollados anteriormente, se instaura un área de problematización que focaliza principalmente en los aspectos económicos que hacen a la organización social indígena, y se deja en un segundo plano el análisis de los aspectos simbólicos (Naharro, 1998). También en esta época comienzan a producirse cambios en los modos de nominar a los pueblos: dejan de utilizarse términos peyorativos como *mataco* (término de origen español que significa “animal

18 El estudio de la organización social de los grupos del Chaco estuvo signada por lo que los estudiosos llamaron “problemas clasificatorios”, los cuales, según señala Castillo (1999), tenían relación con dos cuestiones: por un lado, el traslado de las categorías africanas y melanesias a las organizaciones étnicas de Sudamérica y, por otro lado, la obsesión clasificatoria racional, coherente y totalizadora que no tomaba en cuenta matices y tonalidades según regiones geográficas y coyunturas político-económicas.

de poca monta”) o chiriguano (proveniente del quechua, significa “es-tiércol frío”) y comienzan a emplearse etnónimos: wichí (Palmer, 2005) y ava-guaraní, respectivamente.

Por último, divisamos una cuarta etapa, ligada a la anterior, pero más atenta a los espacios locales en los que se producen las negociaciones y estrategias de resistencia entre el Estado nacional y provincial y las ONG, por un lado, y entre estos y las organizaciones indígenas, por el otro. Estos trabajos conciben a los indígenas como actores sociales y como agentes políticos capaces de aprehender la realidad social y actuar en pos de modificarla. En este ámbito se pueden nombrar, entre otros a Carrasco (2008) y, entre las producciones locales las de Flores Klarik (2011) Buliubasich (2011). En este período, empieza a indagarse, también, la heterogeneidad dentro de “lo indígena”, y comienzan a contemplarse los procesos de apropiación y resignificación social que llevan adelante los niños, las niñas, los jóvenes, las mujeres y otros sectores de las sociedades indígenas. De este modo, las fronteras entre lo intraétnico y lo interétnico son problematizadas en el marco de procesos sociales complejos, en los que las preguntas por la modernidad y la asimilación cultural (en términos de totalidades acabadas) retroceden, lo que permite visualizar los modos en que lo tradicional y lo contemporáneo se conjugan en los sujetos sociales (indígenas y no indígenas).

Las producciones ligadas a la educación formal y el acceso a los servicios de salud tienen un énfasis importante, quizás, porque permiten entrever las encrucijadas entre las perspectivas estatales y los modos locales de comprender la educación y los procesos de sanación. En este contexto, la educación formal se convierte en un espacio privilegiado para observar las tensiones que surgen a partir de la implementación de políticas públicas exógenas, ejecutadas en ámbitos comunitarios y reapropiadas, negociadas y disputadas por parte de los indígenas (Serrudo, 2006; Abilés, 2010, Petz, 2010; Wallis, 2010 y Ossola, 2013a). Estos estudios habilitan el conocimiento de las posiciones y agencias de quienes han sido considerados históricamente como “objetos de estudio de la antropología” (Ossola, 2013b). Por consiguiente, contribuyen a pensar en términos de fricciones interétnicas, como así también de recomodaciones y tensiones al interior de las propias comunidades indígenas. Aparecen entonces las problemáticas en torno a la territorialización indígena (Gordillo, 2010), el avance de la frontera agraria y sus efectos en la organización social y económica de los indígenas (Buliubasich, 2012), la salud intercultural y el uso de medicamentos (Lorenzetti, 2011), las mujeres indígenas como sujetos activos (Hirsch, 2004 y 2010; Castelnuovo, 2010, Gómez, 2014), los maestros indígenas como actores dinámicos (Serrudo, 2006 y Abilés, 2010) y los jóvenes indígenas como

alteridades etarias y sujetos de interlocución válidos —e interpeladores— de la práctica etnográfica (Ossola, 2013b).

Los desafíos ligados a estas nuevas prácticas etnográficas son numerosos. En primer lugar, resulta complejo elaborar sistematizaciones de los trabajos previos en el área de estudio, dada la diversidad de fuentes y su larga duración en el tiempo. En segundo lugar, es complicado reconocer las dinámicas de movilidad espacial de los pueblos indígenas que habitan esta área, y estudiar los factores y las modalidades de movimiento territorial, como así también la ocupación que realizan de diferentes espacios (rurales, urbanos, tierras altas y tierras bajas). Una propuesta de estudio de las movilidades indígenas actuales se encuentra en Yazlle (2009), donde se mapean los usos del espacio entre wichí y guaraníes en ámbitos periurbanos. En tercer lugar, las fronteras estatales (nacionales y provinciales) continúan operando en muchos casos como bordes para la comprensión de las dinámicas socioculturales de pueblos que preexistían a tales límites. En el caso de los estudios sobre los pueblos indígenas del Chaco salteño, resulta complicado hacer referencia a estos pueblos sin tomar en cuenta los marcos legislativos de diferentes provincias (Chaco, Formosa, Salta) y de diversos países (Bolivia, Paraguay, Argentina). Por último, cabe reflexionar acerca de la amplia aceptación de la variable étnica como eje de los análisis antropológicos en el Chaco salteño en desmedro de la variable social. Desde esta perspectiva, la focalización en los sectores indígenas ha impedido, en muchos casos, pensar aquello que los no indígenas comparten con los originarios, como ser el territorio, las prestaciones de servicios y, en muchos casos, las condiciones de vida en extremo precarias.

Alto Bermejo

El Alto Bermejo abarca los departamentos de Iruya (Iruya e Isla de Cañas), Santa Victoria (Santa Victoria, Nazareno y Los Toldos) y parte de Orán (San Andrés). Indica una unidad de análisis definida a partir de tres criterios: (1) hidrográficos —espacios con afluentes tributarios de la cuenca alta del río Bermejo—, (2) político-administrativos y (3) temático-conceptuales: el campesinado andino y su relación histórica con las haciendas coloniales (Reboratti, 2008). Caracterizada como “formación social de fronteras” (Trincheró, 2000; Belli et al., 2004),¹⁹ puede incluirse dentro de categorías como “extremo noroeste”, región andina o mundo

19 Los afluentes del Bermejo provienen de Argentina y Bolivia y son una de las razones de su caracterización como “formación social de fronteras” (Trincheró, 2000; Belli et al., 2004), categoría referida no solo a límites estatales y provinciales, sino a la diversidad étnica y ambiental, enfatizando en las específicas relaciones de producción capitalistas que permiten abordar toda la cuenca como unidad.

andino (Karasik, 2008-2009). Desde una perspectiva ambiental, involucra tanto “tierras altas” como “tierras bajas” (Reboratti, 2008), ámbito conectivo de espacios heterogéneos (Moritán, 2008: 43).

No fue visibilizado bajo este nombre sino hasta tiempos muy recientes, cuando se desplegó una importante cantidad de programas de desarrollo y se convirtió en objeto de múltiples abordajes desde la década de los ochenta (Trincheró, 2000). Sin embargo, el interés que reviste como zona fronteriza no es reciente (Abduca y Noriega, 2004) y, en el campo que nos ocupa, puede remontarse a la arqueología de la primera mitad del siglo XX. Márquez Miranda, Debenedetti y Casanova fueron quienes en los años treinta investigaron dentro de haciendas de “arrenderos”, con el permiso de sus administradores o patrones. Sus observaciones se centraron en indagar no tanto la condición indígena de los pobladores (o las situaciones de opresión y violencia vivían), sino la “recuperación” de su forma de vida en un sentido folklórico e iconográfico (Karasik, 2008-2009:211).²⁰

Exceptuando el trabajo de Reboratti (1974), es recién a partir de la década de los ochenta que se producen mayores investigaciones sobre el Alto Bermejo. En estos trabajos podemos rastrear algunas rupturas con respecto a las miradas anteriores. La perspectiva histórica se agudiza y se pregunta por el empobrecimiento de la zona y la sitúa en el curso de procesos característicos de las tierras altas del NOA, donde habitan comunidades campesinas con profundas raíces indígenas y cuyo dominio territorial se ha visto limitado con el tiempo (Madrado, 1982; Rutledge, 1987). Este lineamiento aportará valiosas contribuciones a la comprensión de las continuidades y cambios del sistema colonial y estatal argentino. Si bien la mayor producción refiere a Jujuy, será referencia clave en los estudios de la zona.²¹

El tratamiento de la zona a partir de su marginalidad y, en relación con esta característica, lo indígena en su desintegración histórica sigue siendo una perspectiva vigente en la antropología contemporánea. En primer lugar, se argumenta que esta región era marginal dentro de los Andes y estaba subordinada a los grandes señoríos que registraron la arqueología y la etnohistoria (Isla, 1992, en Weinberg, 2004). Un problema de este período es la filiación de los grupos étnicos en la zona, debate aún irresuelto (Sánchez y Sica, 1990, citado en Cladera, 2006). En segundo lugar, la marginalidad como resultado del dominio territorial y

20 Esta mirada fortaleció la idea de poblaciones “mansas”, fuertemente incorporadas al Estado; grupos denominados “serranos”, “naturales”, “paisanos” y pocas veces “indígenas” o “collas”. Cabe resaltar que en esta época estaba en boga la discusión a nivel estatal sobre si los “collas” eran indígenas o no, lo cual tenía relación con su trabajo en los ingenios azucareros. Estos negaban esta condición porque les eximía de ciertos impuestos (Karasik, 2008-2009).

21 Lo cual acarrea una serie de problemas, ya que las mayores producciones se han concentrado en los “Andes jujeños”, en desmedro de la región salteña.

económico en del sistema colonial, plantea una continuidad con los trabajos desarrollados desde 1980, para los cuales dicho sistema penetra en la región andina de manera mucho más fuerte que en las “tierras bajas”, a través de la encomienda primero y luego por el sistema de hacienda (Madrazo, 1982; Hocsman, 2011). En este contexto se produce la “desestructuración” de la zona andina y se da un proceso de transformación desde el “ayllu andino” hasta un “campesinado de origen indígena” (Isla, 1992, en Cowan Ros y Schneider, 2008).

De esta manera, si bien en los rastreos históricos de la mayoría de las producciones se visibiliza la presencia indígena, incluso hasta entrada la época republicana, esto se va diluyendo para dar paso a un sujeto campesino cuya economía pasa a ser el principal interés del investigador. Esta cuestión abre las puertas a los estudios antropológicos sobre el campesinado, ya que se trabaja la explotación del trabajo en relación a los mecanismos peculiares que sirvieron a los sectores dominantes de la época colonial para ejercer el poder económico y territorial sobre grupos marginales (principalmente, el acceso a la tierra).

Volviendo al tratamiento de la marginalidad, podemos plantear una tercera dimensión al abordar los procesos estatales. Estos acentuarían la marginalización relativa del actual NOA (Gil Montero, 2002). En una primera etapa, se hace referencia a la participación activa de la “población andina” en las guerras de independencia, así como la manera en que este nuevo orden nacional le fue impuesto, sin dejar de lado las rebeliones y reclamos que la situación generó (Rutledge, 1987; Paz, 1994; Madrazo, 1982, citado en Yudi, 2012; Gil Montero, 2002).

En una segunda etapa, se abordan las linealidades y transformaciones del sistema de hacienda hasta avanzado el siglo XX y la penetración del capitalismo, conceptualizando el paso del vínculo encomenderos/encomendados al de propietarios latifundistas/arrendatarios. Interesa abordar las intervenciones sobre las estrategias de vida de los habitantes de estas “tierras altas”, en relación con el nacimiento de una estructura económica basada en la plantación azucarera en las “tierras bajas del este”: los ingenios azucareros. Se recuperan estudios no exclusivos del Alto Bermejo para comprender la relación estrecha entre los ingenios y las viejas haciendas (Gatti, 1975; Bisio y Forni, 1976; Santamaría, 1992; Lagos, 1992; Campi y Lagos, 1996). Se presta interés al mercado de trabajo, la conversión de los pobladores en zafreros temporarios y subarrendatarios, así como los efectos sobre la economía local. Además, los debates sobre descampesinización y/o recampesinización son retomados en relación con procesos desatados desde mediados de siglo, vinculados a la mecanización del ingenio, el establecimiento de medidas de protección a los trabajadores rurales, entre otros (Hocsman, 1999; Reboratti, 2008).

Es necesario plantear que en cada estudio debe revisarse la noción de campesinado empleada. A grandes rasgos, en la década de los ochenta se observa un corte estructural-funcionalista, acorde a los estudios propensos a indagar sobre el “desarrollo”, como lo ejemplifican algunas tesis de licenciatura en Antropología realizadas en la UNSa durante el período (Causariano, 1986). A medida que nos acercamos a la década de los noventa, la categoría campesinado se va transformando, complejizando, y adquiere una dimensión histórica e identitaria. En esta década, crece la producción, y las líneas de investigación adquieren nuevos matices, al compás de las transformaciones propias de la época.²²

En este contexto, la autoidentificación de muchos habitantes del Alto Bermejo como parte del pueblo kolla comienza a ser problematizada por la antropología. Algunos trabajos intentan generar nuevas perspectivas con respecto a esta cuestión mientras que otros la incorporan a esquemas interpretativos previos, pero lo cierto es que la dimensión del poder aparecerá de manera mucho más clara y el tema identitario será un imponderable, sumado a lo jurídico (Madrazo, 1995; Karasik, 1994; Hocsman, 1999). Por otro lado, la intervención en estos territorios se hace más acuciante, profundizando la presencia de redes transnacionales que vinculan empresas, ONG, centros de investigación, entre otros actores. Será entonces a fines de siglo que una “antropología del desarrollo” se muestre propicia para analizar estas políticas y programas de “desarrollo sustentable” (Trincheró, 2000; Trincheró y Noriega, 2005).²³

Un suceso clave que revestirá de interés la zona es la expropiación de la gran Finca Santiago y la restitución a sus pobladores originarios en concepto de propiedad comunitaria, al igual que la Finca el Potrero, ambas en Iruya (Weinberg; 2004; Hocsman, 1995, 1997, 2005, 2011; Cladera, 2006). Otro acontecimiento implica la construcción del gasoducto Norandino a mediados de los años noventa, que atraviesa la Finca San Andrés, y la visibilización a nivel mundial de la lucha de la organización kolla Tinkunaku –retomando el histórico Malón de la Paz, de 1946– a partir de procesos de expansión del capital (Domínguez; 2001; Luñiz Zabaleta, 2004; Schwittay, 2003).

22 Nos referimos al reconocimiento internacional y nacional de los Pueblos Indígenas, las múltiples experiencias de formalización de organizaciones etnopolíticas y sus luchas particulares; así como el proceso de expansión del capitalismo extractivista en una coyuntura de quebrantamiento general de los derechos, el reconocimiento a los reclamos indígenas se acompaña por medidas contundentes (Briones, 2008).

23 Entre otros, es importante mencionar la formulación en 1997 del Programa Estratégico de Acción (PEA), revisor de los múltiples proyectos de “desarrollo sustentable” (Trincheró, 2000). A partir de 2002, el Alto Bermejo quedará integrado dentro de la Reserva de la Biosfera de las Yungas, creada por UNESCO (Moritán, 2008) y se convertirá en una zona de importancia estratégica, entre otras cuestiones (Álvarez *et al.*, 2005: 4).

De esta manera, las organizaciones indígenas kollas y su lucha se incorporan en la agenda de indagación antropológica. Lo “kolla” puede ser entendido como término cambiante, vinculado a un código situado de demandas, por la tierra ante todo (Schwittay, 2003). O, abordado a través del análisis de ONG religiosas y sus consecuencias en las relaciones sociales, en particular en las de género, como lo indica Occhipinti (1999). Esta autora aventura una aproximación comparativa entre grupos kollas de Iruya y wichís de Los Blancos, como ejemplos de tierras altas y bajas, respectivamente (Occhipinti, 2003). El énfasis en la etnicidad singulariza los estudios que, en general, la entienden como “forma de organización del mundo social” (Hocsman, 2011: 192) circunscripta a un tiempo y espacio, producto de relaciones de poder.

En los estudios más recientes, si bien se retoma el término campesinado para retratar la forma de vida de la región, se lo hace de manera reflexiva y es matizado por otros que prestan atención a actividades específicas, como “trashumancia”, utilizando sentidos nativos o generalizados, como “comunidades” (Cladera, 2010, 2014; Castro, 2015). Al mismo tiempo, algunos de estos trabajos incorporan reflexiones que parten de su intervención como técnicos (Cladera, 2010, 2014). Continúan las tradiciones de estudio sobre la relación de la población con el mercado de trabajo en Argentina, aunque se complejizan al sumar la dimensión de la etnicidad (Yudi, 2012), los reclamos por la propiedad de la tierra y las organizaciones que llevan adelante las demandas de las comunidades (Castro, 2015), a nivel del Alto Bermejo y desde 2007, la coordinadora “Qu llamarka”. Otra línea de investigación pone el foco en las intervenciones religiosas, estatales, de ONG y organizaciones multilaterales (Álvarez *et al.*, 2005; Torres, 2008; Carrasco *et al.*, 2008) y en la última década, las políticas sociales de “inclusión” y su relación con las organizaciones como mediadoras en su aplicación (Milana, 2014, 2015). Finalmente, cabe mencionar la continuidad de estudios culturales, en el marco de las teorías sobre performance para abordar las festividades (Avenburg y Talellis, 2007; Avenburg, 2010).²⁴

Valles Calchaquíes

Los Valles Calchaquíes se definen como un sistema montañoso de valles y quebradas (de aproximadamente 300 km de largo) que se encuentra en la Cordillera Oriental de los Andes y que atraviesa las actuales pro-

24 Debemos remarcar que estas producciones se remiten al área antropológica, ya que el Alto Bermejo es objeto en los últimos tiempos de investigaciones de campos disciplinares muy diversos que están realizando importantes aportes al conocimiento del Alto Bermejo.

vincias de Salta,²⁵ Catamarca y Tucumán. Esta área se consagró desde el siglo XIX como región-objeto de estudio de diversas disciplinas o áreas de investigación social abocadas al pasado y a las alteridades, como la arqueología, la etnohistoria y el folklore. Los Valles Calchaquíes han sido uno de los espacios más destacados de trabajo científico-social y uno de los destinos predilectos del NOA y los Andes Meridionales para campañas de investigación. El gran cúmulo de producciones que problematizan a la región Calchaquí, incluso en el presente, derivan fundamentalmente de estos campos.

Desde el siglo XIX los Valles fueron un destino privilegiado para viajeros, naturalistas y exploradores.²⁶ Entrado el siglo XX y hasta la década de los setenta, se convirtieron en foco de interés de la “ciencia folklórica”, disciplina abocada al estudio de las “tradiciones” calchaquíes, rastreando la vigencia y supervivencia fragmentaria del pasado indígena en los habitantes de los Valles.²⁷ Desde la década de los ochenta, fue un espacio de indagación de la etnohistoria; destacándose los trabajos del equipo de Lorandi (2003), estos centraron su interés, principalmente, en las estructuras étnicas y políticas desde el siglo XVI al siglo XVIII.²⁸ La producción proveniente del campo de la arqueología, sin embargo, fue y sigue siendo la más prominente y profusa de los Valles (Tarragó, 2003).

Hacia 1970, mientras los análisis folklóricos eran dominantes, la antropología social y su abordaje de los espacios rurales y del campesinado cobraron fundamental importancia en el área, emblemática por su configuración social de raigambre colonial, con una estructura agraria definida sobre la base de grandes fincas y haciendas, de señores-patronos y peones.²⁹ Trabajos significativos han sido realizados por integrantes del núcleo de investigación Procesos de Articulación social, coordinado por Hermitte y Bartolomé (1977). Entre otros, el Valle Calchaquí en su porción salteña, tucumana y catamarqueña fue definido como unidad de estudio por Gatti (1975), Hermitte y Herrán (1970, 1977). Este espacio era presentado por estos autores como una realidad heterogénea de estancias y fincas, sus sujetos de estudios eran campesinos, tejedores, productores, peones, jornaleros, migrantes, minifundistas y terratenientes o hacendados.

25 Abarca los departamentos de La Poma, Cachi, Cafayate, San Carlos y Molinos.

26 Entre otros, Quiroga, Lafone Quevedo, Ambrosetti, Ten Kate.

27 Para el caso de los Valles Calchaquíes de Salta, se destacan los trabajos del folklorista Cortazar (1944; 1949).

28 Ver en este mismo dossier el artículo de Rodríguez, Boixadós y Cerra “La etnohistoria y la cuestión indígena en el NOA. Aportes y proyecciones para un campo en construcción”.

29 Desde el campo histórico, ver Mata de López (2006), quien –entre otros aspectos– aborda la historia agraria colonial de los Valles y, desde el campo sociológico, ver trabajo sobre peonaje de Hall (1992).

Aun con la irrupción de la dictadura militar, este antecedente y la cercanía o presencia de alguno de estos autores en Salta dejarán improntas en los desarrollos de la emergente antropología salteña. Es en los momentos previos o inmediatos al retorno de la democracia que se manifestará la continuidad en los análisis sobre las fincas y la naturaleza del vínculo patrón-peón. Las tesis de antropología de la UNSa realizadas en el espacio calchaquí durante esta época (y que se extiende hasta la década de los noventa)³⁰ se circunscriben al campo de la antropología rural y a los estudios campesinos.³¹ Los objetivos de estos trabajos fueron el análisis de la producción y reproducción familiar, las formas de organización del trabajo y la explotación de las sociedades campesinas vallistas, la comprensión de los cambios en la organización social tradicional y las modificaciones de la estructura agraria (cotejar con Borla, 1993 y Lera, 2005). Los sujetos de estos análisis antropológicos fueron definidos en su relación de alteridad productiva: por un lado, terratenientes, arrendatarios o hacendados y, por el otro, trabajadores rurales o campesinos. En términos culturales, se referían a estos últimos no como indígenas, sino como “mestizos” o miembros de “sociedades folk”, es decir, se los consideraban como fragmentos sobrevivientes de un pasado indígena.

Las fincas calchaquíes y las relaciones socioeconómicas que las definieron en el pasado y en el presente, con los procesos de transformación y hegemonía neoliberal, siguen siendo ejes de reflexión por parte de antropólogos o investigadores provenientes de otras disciplinas sociales (ver Manzanal, 1987; Garreta y Sola, 1994; Torres Vildoza, 2004; Villagrán, 2013; Vázquez y Álvarez, 2015).

El pueblo diaguíta (también denominado “diaguíta calchaquíes” o “calchaquíes”) reconoce continuidades con la categorización que los españoles utilizaron para aglutinar a los indígenas de habla kakana que habitaban los Valles Calchaquíes en los momentos de su desembarco. Este pueblo fue decretado “extinto” de la cartografía salteña y regional tras la última trastienda en los tiempos de la conquista hispánica y en los posteriores procesos de extrañamiento de las poblaciones indígenas. Estos procesos y eventos del pasado calchaquí, según algunas producciones históricas-antropológicas, habrían claudicado el “problema indio” en la región desde el siglo XVII e inaugurado una nueva cartografía socioespacial “vaciada” de indios puros. Madrazo, por ejemplo, sostuvo que el fracaso de la última sublevación calchaquí en 1667 dio apertura a la progresiva desaparición de las comunidades indígenas y de las tierras

30 Década en la que se produce una considerable multiplicación de investigaciones arqueológicas en la región, producidas tanto por investigadores foráneos como locales (tal vez como efecto de la reubicación de las materias de arqueología en los currículos de la licenciatura posdictadura y la radicación y conformación de nuevos equipos de investigación).

31 Extensible a los trabajos al Valle de Lerma (confrontar con Naharro, 1981).

comunales en esta coordenada del área Andina y a “su completa transformación en una clase campesina” (1995: 131).

Los trabajos mencionados, con mayor o menor incidencia, han colaborado con esta narrativa. Ella, con gran circulación y con pocas variantes, ha permanecido hasta fines de la década de los noventa, cuando la reemergencia diaguíta y la visibilidad de la acción política indígena hicieron rever la postura académica. Así, recién en los albores del segundo milenio se encuentran los primeros trabajos antropológicos cuyos objeto y/o sujetos de estudio serán “lo” indígena o los indígenas del presente, interrogados desde una perspectiva etnográfica. Un primer acercamiento a la escasa producción da cuenta, por un lado, de investigaciones emergentes o en proceso, cuyos resultados parciales han sido artículos publicados en revistas. Por otro, que estas investigaciones están decididamente concentradas en la porción tucumana del valle, en desmedro del sector salteño y catamarqueño.

El relevamiento realizado para el Valle Calchaquí transprovincial permite identificar tres dimensiones de análisis: memorias hegemónicas y memorias subalternas, identidades y procesos políticos indígenas.

El primer grupo de trabajos analiza algunos de los discursos académicos y estatales (u oficiales) que tejieron el entramado narrativo de la extinción del indio en el valle. En la escasez revisionista de este discurso histórico, algunos trabajos antropológicos se constituyen en pioneros, permitiendo avanzar en su problematización y reconstrucción genealógica. Rodríguez (2012; 2008a; 2008b), siguiendo los líneas de estudio demarcadas por la Sección de Etnohistoria de la UBA (bajo la dirección de Lorandi), aborda el proceso de reconfiguración socioeconómica y étnica del Valle en tiempos posteriores a las Guerras Calchaquíes y hasta los albores de la independencia. Analiza documentos coloniales y encuentra indicaciones concretas de sujetos identificados como “indios” aún en tiempos donde los relatos oficiales aducen su extinción o avanzada mestización. En otro artículo, aborda los modos en que operó el concepto de mestizaje —en vinculación con lo “indígena”— en los momentos de consolidación de la Nación, analizando particularmente algunas producciones académicas que abonaron en la teoría (no sin contradicciones) del vaciamiento del contenido indígena en el Valle. Para ello, retoma los aportes de algunos viajeros, naturistas y precursores de la antropología y arqueología argentina.

En la misma línea, algunos investigadores han propuesto desentramar la premisa acerca de la no vigencia de lo indígena íntegro y puro en el Valle, considerando esta visión como producto de una operación ideológica y discursiva de las elites económicas, políticas y académicas de fines del siglo XIX y mediados del siglo XX, y de políticas impartidas por el Estado, por las cuales se determina a los vallistas como “criollos” y

“mestizos”. Los trabajos de Chamosa (2008) y Steinman (2012) toman como unidad de análisis los Valles Calchaquíes tucumanos y aluden a un proceso de “criollización” de la población local, pero también dan cuenta de algunas “tensiones” en dichos intentos de desmarcación indígena, derivadas de prácticas e identificaciones en plena vigencia.

Un segundo grupo indaga las memorias subalternas de los vallistas. Lanusse en Cachi (2007), en el sector norte del Valle en la jurisdicción salteña, y Pizarro (2006) en el área centro-sur catamarqueña anticipan los procesos de reemergencia indígena que cobrarán inusitada visibilidad pública después del 2005, una vez finalizados sus trabajos de campo.³² De algún modo, ambas se preguntan por los modos en que los sujetos rurales –no autoidentificados como indígenas, según sus análisis– tejían (o no) sus vínculos con los “antiguos” pobladores y con los que espacios habitaban.³³ Algunos años más tarde, las preguntas de investigación que guiaron los trabajos de estas últimas autoras acerca de por qué los sujetos en esos espacios rurales calchaquíes no se identifican como indios se reorientan para tratar de dar cuenta de la reemergencia diaguita en la región, buscando recomponer los contextos y anclajes que los habilitaron los procesos de visibilización e invisibilización indígena. En este sentido, se inscribe la pionera obra de Isla (2002) en la comunidad de Amaicha del Valle, donde pone en relación las nociones de memoria e identidad para mostrar los usos políticos en contextos de emergencia étnica indígena. En la misma dirección, está el breve artículo de Arenas (2003) sobre el tránsito de “campesinos” a “indios”, análisis también basado en una comunidad de Tucumán. Más de diez años después, aparecen los primeros trabajos en la provincia de Salta. Se trata de la etnografía de Sabio Collado (2012 y 2013), en una comunidad diaguita urbana asentada en la ciudad de Salta y los trabajos sobre territorialidad y memoria, conflictos por el territorio y políticas estatales desarrollados en Cafayate de Cerra (2012 y 2014). Estos últimos integran el tercer y último grupo de trabajos, los cuales focalizan en la dimensión política y organizativa de los procesos de autorreconocimiento indígena en la región, así como sus articulaciones con el Estado.

Se incluyen en esta línea los trabajos de Pierini (2012), quien estudia los procesos de organización de comunidad de Quilmes desde la década de los setenta. También las investigaciones de Sabio Collado (2015), quien reconstruye el contexto germinal de una organización supracomu-

32 Mientras, en Tucumán la presencia indígena se rastrea en textos académicos con al menos tres décadas de anticipación (Serbín, 1980).

33 En simultáneo, surgen los estudios que abordan los vínculos y las significaciones de los sujetos autoidentificados como indígenas con las materialidades, principalmente con los sitios arqueológicos, estos trabajos están concentrados en Tucumán (ver Mastrángelo, 2001; Manasse y Arenas, 2010; Crespo y Rodríguez, 2013 y Delfino, 2012).

nal diaguita que aunó la lucha de más de ochenta comunidades autorreconocidas como pertenecientes al pueblo, de Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero, fundada en 2005. También al trabajo de Rodríguez y Boulosa (2013), quienes analizan las trayectorias diligenciales de algunos agentes clave en estos procesos de activación y lucha política –agencias que las rastrean incluso un siglo atrás– pertenecientes a la comunidad de Amaicha del Valle y Quilmes.

A modo de reflexión final

Iniciamos este trabajo con el objetivo de identificar continuidades y transformaciones en los modos en que la antropología abordó a los “otros” indígenas de Salta, desde el regreso a la democracia hasta el presente. No bien comenzamos, indicamos la particular intersección entre la construcción de subregiones de la cartografía provincial y la cristalización de problemáticas de investigación específicas en cada una de ellas, contribuyendo a definir campos apropiados para determinados estudios, en detrimento de otros. En esa dirección, referimos a una clásica división entre *tierras altas* y *tierras bajas*.

En este interjuego de regionalización y representación cartográfica de la otredad, desde el siglo XIX y con continuidad durante el siglo XX, el Chaco se consagró como enclave de los estudios etnológicos y antropológicos sobre pueblos indígenas. Mientras, el Alto Bermejo y los Valles Calchaquíes (al igual que las otras regiones que terminarían de configurar el mapa salteño: la Quebrada del Toro, la Puna y el Valle de Lerma) fueron de interés primordial para la arqueología, la etnohistoria y el folklore, es decir, disciplinas abocadas al estudio de vestigios de las alteridades indígenas en el pasado. El punto de partida de gran parte de los trabajos analizados fue considerar las *tierras bajas* como espacios habitados por indios y las “tierras altas” por sujetos campesinos o mestizos (dependía del interés en aspectos de clase o biológicos, fundamentalmente). Esta división de áreas y sujetos de investigación determinó las metodologías y las preguntas en la práctica antropológica en Salta.

Al indagar sobre los cambios y las continuidades en referencia al retorno democrático de 1984, notamos que para la antropología se trata de un momento donde empiezan a plantearse preguntas que interpelaban a las teorías establecidas. En este sentido, percibimos que el campo “decía” mucho más de lo que los postulados en boga permitían traducir al lenguaje académico. Sin embargo, los cambios en aquella época fueron acotados y graduales, como el distanciamiento de las teorías raciales y la problematización de los vínculos entre los distintos grupos sociales,

así como la inclusión de la dimensión del poder y la etnicidad en el abordaje antropológico.

Transformaciones más significativas se produjeron hacia el año 2000. El cambio de milenio significó un punto de inflexión para la disciplina, al replantear y reorientar las directrices de los trabajos antropológicos. Consideramos que esto sucedió, entre otras cuestiones, por la particular situación de reordenamiento jurídico que sucedió a nivel internacional, nacional y provincial.³⁴ El cambio en el estatus legal de los pueblos indígenas y la consideración de sus derechos particulares impactó en las formas de interlocución de estos con actores estatales, privados y no gubernamentales,³⁵ generando reapropiaciones de las clasificaciones de alteridad existentes y su consiguiente redefinición, aceptación, puesta en cuestión, etcétera. Estos cambios también impactaron en el quehacer antropológico, que diversificó su ámbito de indagación, repercutiendo de manera diferente en cada una de las áreas abordadas.

Sin embargo, las limitaciones de la antropología para aventurar una respuesta o un diagnóstico sobre lo que estaba sucediendo se entrevía en la formalización de múltiples organizaciones etnopolíticas, las cuales portaban por detrás luchas que la propia disciplina no había visibilizado (o no había observado reflexivamente, y no lo haría sino hasta algunas décadas más tarde), como es el caso de los pueblos de las llamadas tierras altas. Aquí, si bien los estudios rurales continúan siendo importantes; las identidades, la emergencia indígena y los procesos etnopolíticos han cobrado paulatino protagonismo. El transitar del estudio de sujetos campesinos al de indígenas o indígenas-campesinos ha tenido lugar en un contexto empírico en el que los procesos de organización política indígena, gestados con anterioridad al 2000, cobran inusitada visibilidad pública. En este contexto, los colectivos organizados –como la Unión de los Pueblos de la Nación Diaguita, el Qullamarka, la Red de Comunidades del Pueblo Atacama, entre otros– demandan el cumplimiento de sus derechos en tanto pueblos originarios y batallan por la reconfiguración y reclasificación de las cartografías y narrativas salteñas de alteridad dominante, donde los espacios y sus respectivos relatos habían sido decretados –y en muchos casos lo siguen siendo– como “vacíos de indios”.

34 En la provincia de Salta se suceden en el período las siguientes leyes. En 1986 se sanciona la Ley 6.373 de Promoción y Desarrollo del Aborigen, la cual persigue la mejora en las condiciones de vida del aborigen y sus comunidades, y su integración a la vida provincial y nacional (artículo 11). Durante 1998 se produce la reforma de la Constitución Provincial, en la que se retoman los postulados del artículo 75, inciso 17 de la Constitución Nacional y en el año 2000 se sanciona la Ley 7121 de Desarrollo de los Pueblos Indígenas de Salta.

35 Se destacan en este marco eventos como la expropiación de finca Santiago, las protestas contra el Gasoducto Norandino, la toma del puente en la frontera argentino-paraguaya, el proceso constituyente de 1997-1998, la resistencia contra los desalojos en San Martín del Tabacal, entre muchos otros.

En el caso de las tierras bajas, los nuevos trabajos comenzaron a indagar acerca de la organización social y política, en pueblos a los que anteriormente no les era reconocida esta capacidad de agencia. Las formas que adquieren las organizaciones políticas indígenas, tales como Lhaka Honat, toman una fuerza inusitada hasta este período, lo que permite repensar el rol de los antropólogos en la provincia y las tensiones entre la agencia indígena y la agencia indigenista. También en este momento se problematiza el trabajo de campo en esta zona como una suerte de viaje temporal y espacial (a menudo iniciático para los etnógrafos de la región). Esta mirada de cohabitabilidad entre los sujetos investigadores y los sujetos participantes de la investigación permitió que comenzaran a explicitarse algunos de los impactos del Estado nacional y provincial entre los pueblos indígenas, como así también las resistencias encabezadas por estos. Las temáticas ligadas al compromiso social de los investigadores sociales respecto a las poblaciones locales cobran relevancia en esta época, como así también la problematización sobre los impactos de los límites nacionales y provinciales en la cotidianidad de los indígenas (límites impuestos a estos pueblos durante la configuración de los Estados nacionales) y la reorganización socioproductiva como consecuencia del avance de los desmontes y los agronegocios.

Como producto de la realización de este artículo, encontramos que las dificultades para dar cuenta de los estudios realizados desde la antropología social y sobre los pueblos indígenas en la provincia de Salta revisten importantes complejidades. Un listado inicial de estas comprende: la cantidad de pueblos (una temática a menudo conflictiva, por las divergencias numéricas entre el Estado provincial, el Estado nacional y las organizaciones no gubernamentales), la diversidad de situaciones lingüísticas y educativas, los estilos de vida transfronterizos y la utilización de categorías y la construcción de “datos” proveniente de múltiples enfoques (mientras la situación indígena en zonas bajas ha sido abordada per se, es notable que las zonas altas se apeló a las categorizaciones de índole productivas, o de clase social, tales como “peón”, “arrendatario” o “campesino” para dar cuenta de las condiciones de vida de los sectores subalternos, que hoy forman parte de los pueblos indígenas de la provincia). Por último, notamos que la parcelación de la provincia en regiones geográficas deja de lado el estudio de la ciudad cabecera (Salta Capital), que concentra a más de la mitad de la población salteña, y que funciona como centro de atención sanitaria y de acceso a la educación escolar de vital importancia para los pueblos indígenas. Sería interesante construir una manera de abordar la alteridad a partir de estudios en red que no se concentren exclusivamente en divisiones espaciales o “pueblos”, entre otros criterios específicos.

Para concluir, queremos señalar que la realización de esta recensión habilita el surgimiento de múltiples cuestiones para indagar, en el contexto de una provincia que tiene una gran cantidad de pueblos indígenas y una mayor cantidad de habitantes en situación de vulnerabilidad (de la cual los pueblos indígenas forman parte). Como antropólogas situadas, entendemos que el (re)conocimiento de la trayectoria disciplinar en la provincia otorga elementos de análisis y de reflexión importantes para continuar explorando la relación específica y dialógica que nos une a “los otros”.

Bibliografía

Abduca, Ricardo y Noriega, Agustín (2004). “Los usos del río Bermejo”, en Belli, Elena; Slavutsky, Ricardo y Trincherero, Hugo (comps.): *La Cuenca del Río Bermejo: una formación social de frontera*. Buenos Aires, Reunir.

Abeledo, Sebastián (2014). “Territorio, caminos y prácticas culturales de los viajes de intercambio del último siglo (Departamento Los Andes, Salta)”, en Benedetti, Alejandro y Tomasi, Jorge (comps.): *Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina*. Buenos Aires, UBA.

Abilés, Paola (2010). *Escuela, interculturalidad e identidad nacional: estudio del caso de la Puntana en el Pilcomayo salteño*. Tesis de Antropología. Salta, UNSa.

Álvarez, Marcela Amalia; Quiroga Mendiola, Mariana; Saravia, Anahí; Bilbao, Lucas; Tejerina, Marysol y Zapana, Darío (2005). “Desarrollo local, instituciones y territorios en Finca El Potrero, dpto. Iruya, Prov. de Salta” en I Jornadas de Intercambio y Discusión, SAGyPA, Buenos Aires.

Arenas, Patricia (2003). “De campesino a indio: comunidades indígenas en la ‘puerta de los valles’: Tafi del valle, Tucumán, Argentina”, *Anales* N° 6, pp. 413-442.

Avenburg, Karen (2010). “Comidas y copleadas. Reflexiones en torno al carnaval iruyano (Salta, Argentina)”, en: Normando, Enrique (comp.): *Carnavales, fiestas y ferias en el mundo andino de la Argentina*. Salta, Purmamarca.

Avenburg, Karen y Talellis, Verónica (2007). “Del mundo que devora al mundo devorado. Reflexiones sobre el día de las almas en Iruya (Salta-Argentina)”, en VI Encuentro de Performance y Política, Instituto Hemisférico de Performance y Política, Buenos Aires.

Belli, Elena; Slavutsky, Ricardo y Trincherero, Héctor Hugo (2004). *La Cuenca del Río Bermejo. Una formación social de fronteras*. Buenos Aires, Reunir.

Benedetti, Alejandro (2014). “¿Qué es la Puna? El imaginario geográfico regional en la construcción conceptual del espacio argentino (siglos XIX

y XX”, en Benedetti, Alejandro y Tomasi, Jorge (comps.): *Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina*. Buenos Aires, UBA.

Bisio, Raúl y Forni, Floreal (1976). “Economía de enclave y satelización del mercado de trabajo rural. El caso de los trabajadores con empleo precario en un ingenio azucarero del noroeste argentino”, *Desarrollo Económico*, Vol. 16, N° 61, pp. 3-56.

Borla, Miguel (1993). *La expropiación de la finca “Hacienda Cachi”. Estudios de Casos en su realidad actual*. Tesis de Antropología, UNSa.

Buliubasich, Catalina (2011). *Los pueblos indígenas del Pilcomayo: procesos de construcción de etnicidad y lucha por la tierra*. Tesis de doctorado, Universidad de Sevilla, España.

Campi, Daniel y Lagos, Marcelo (1996). “Auge azucarero y mercado de trabajo en el Noroeste argentino, 1850-1930”, *Andes* N° 6, pp. 179-208.

Carrasco, Morita; Sterpin, Laura; Weinberg, Marina (2008). “Entre la cooperación y la asistencia: un análisis de la incidencia del apoyo económico internacional en el movimiento indígena en Argentina”, *Avá* N° 12, pp. 9-25.

Castelnuovo Biraben, Natalia (2010). “La participación política de las mujeres guaraníes en el noroeste argentino”, *Boletín de Antropología*, Vol. 24, N° 41, pp. 223-241.

Castillo, Marcos (1999). *Modernidad y pueblos indígenas: algunas observaciones en torno a la comunidad indígena de Alto la Sierra (Provincia de Salta – Dpto. Rivadavia Banda Norte)*. Tesis de Antropología, UNSa.

Castro, Lucía (2015). *Organización política de las comunidades del pueblo kolla en Lipeo-Baritú, Provincia de Salta*. Tesis de Antropología, UNJu.

Causarano, Evelia (1986). *Análisis antropológico de una situación escolar determinada: Iruya*. Tesis de Antropología, UNSa.

Cerra, Camila (2012). “Mapeando representaciones, cerros, centros y fronteras. Comunidad Diaguíta-Calchaquí ‘El Divisadero’, Cafayate, Salta”, en Rodríguez, Lorena (comp.): *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*. Rosario, Prohistoria.

Cerra, Camila (2014). “En el devenir de las políticas públicas. Programa de Relevamiento Territorial de comunidades indígenas. Comunidad diaguita-calchaquí ‘El Divisadero’”, *Intersecciones en antropología*, Vol.15, N° 1, pp. 103-114.

Chamosa, Oscar (2008). “Indigenous or Criollo: The Myth of White Argentina in Tucumán’s Calchaquí Valley”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 88, N° 1, pp. 71-106.

Cladera, José Luis (2006). *Implicancias de la apropiación comunitaria de la tierra sobre las actividades de subsistencia de la Comunidad Kolla de Finca Santiago (Provincia de Salta)*. Tesis de Antropología. UBA.

—(2010). “Cuando propiciar es jugar. Una reflexión sobre el carnaval y otros rituales andinos en las comunidades rurales de Salta y Jujuy”, en Normando, Enrique (comp.): *Carnavales, fiestas y ferias en el mundo andino de la Argentina*. Salta, Purmamarka ediciones.

—(2014). “La Comunidad Indígena como categoría de traducción: trashumancia ganadera y propiedad jurídica en las sierras del Zenta (Departamento Humahuaca/Jujuy e Iruya y Orán/Salta)”, en Benedetti, Alejandro y Tomasi, Jorge (comps.): *Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina*. Buenos Aires, UBA.

Coll Moritán, Victoria (2009). “Medio ambiente, espacio y paisaje en el Noroeste Argentino: una mirada a través de la historia”, *Comechingonia Virtual*, Vol 3, N° 2, pp. 154-174.

Colectivo Pichinauta (2012). *Saberes en diálogo, saberes en tensión. Apuntes sobre una experiencia de voluntariado universitario con la comunidad india de Quilmes*. Buenos Aires, UBA.

Cortazar, Augusto R. (1944). *Hacia la investigación folklórica integral. Una tentativa en el Valle Calchaquí de Salta*. Buenos Aires, UBA.

—(1949). *El carnaval en el folklore calchaquí*. Buenos Aires, Sudamericana.

Cowan Ros, Carlos y Schneider, Sergio (2008). “Estrategias campesinas de reproducción social. El caso de las tierras altas jujeñas”, *Revista Internacional de Sociología*, Vol. 66, N° 50, pp. 163-185.

Crespo, Carolina y Rodríguez, Lorena (2013). “Como herederos legítimos de nuestros antepasados. El proceso de pedido de la restitución de la Ciudad Sagrada de Quilmes”, en Crespo, Carolina (comp.):

Tramas de la diversidad. Patrimonio y pueblos indígenas. Buenos Aires, Antropofagia.

Delfino, Daniel; Espiro, Valeria; Díaz, Alejandro; Barale, Andrés; Pisani, Gustavo y Dupuy, Sabine (2010). *Desde el tiempo de los antiguos: entre la historia oral y la arqueología: hacia una inclusión educativa desde las miradas del pasado en Laguna Blanca, dpto. Belén, Catamarca*. Catamarca, UNCa.

Domínguez, Diego (2001). "Conflictos por el control de la tierra: pueblo Kolla Tinkunaku, Salta", en: Giarraca, Norma (comp.): *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires, Alianza.

Flores Klarik, Mónica (2011). *Etnicidad, Política y Territorialidad: Conflictos territoriales y procesos organizativos indígenas Tartagal-Salta (1995-2010)*. Tesis de Doctorado en Antropología. UBA.

Garreta, Mariano y Sola, Fernanda (1994). "Fincas rurales en el norte del Valle Calchaquí. Procesos de conformación, cambios y relaciones sociales", *Cuadernos INAPL*, N° 14.

Gatti, Luis (1975). "Plantación, campesinado y manufactura: un caso de análisis diacrónico de la articulación social de clases en el noroeste argentino". Inédito.

Gil Montero, Raquel (2002). "Guerras, hombres y ganados en la Puna de Jujuy. Comienzos del siglo XIX", *Boletín del instituto Dr. Emilio Ravignani* N° 25, pp. 9-36.

Gil Montero, Raquel y Massé, Gladys (2004). "Evolución demográfica de Los Toldos, Bolivia (siglo XVI a 1938), Argentina (1938 en adelante)", en I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Brasil.

Gómez, Mariana (2014). "Mujeres indígenas en Argentina: escenarios fugaces para nuevas prácticas políticas", *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Vol. 12, N° 16, pp. 59-81.

Gordillo, Gastón (2010). "Deseando otro lugar: reterritorializaciones guaraníes", en Gordillo, Gastón y Hirsch, Silvia (comps.): *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. Buenos Aires, La Crujía.

Guber, Rosana y Visacovsky, Sergio (2000). “La antropología social en la Argentina de los ‘60 y ‘70. Nación, marginalidad crítica y el ‘otro’ interno”, *Desarrollo Económico*, Vol. 40, N° 158, pp. 289-316.

Hecht, Ana Carolina (2004). *Educación Intercultural bilingüe en las comunidades wichí de Ramón Lista (Formosa): procesos de apropiación, resistencia y negociación*. Tesis de Antropología, UBA.

Hermitte, Esther y Herrán, Carlos (1970). “Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del Noroeste argentino”, en Hermitte, Esther y Bartolomé, Leopoldo (comps.): *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu.

—(1977). “¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción en una comunidad del Noroeste argentino”, *Revista Latinoamericana de Sociología* N° 2, pp. 293-317.

Hirsch, Silvia (2004). “Las mujeres guaraníes de Salta en la esfera doméstica y pública: una aproximación antropológica”, *Runa* N° 24, pp. 213-232.

—(2010). “Desafíos de la interculturalidad, el género y la etnicidad. Las mujeres indígenas docentes en la práctica escolar del norte” en Congreso Internacional “Las Políticas de Equidad de Género en Prospectiva: Nuevos Escenarios, Actores y Articulaciones”, Buenos Aires, 9-22 de noviembre de 2010.

Hocsman, Luis (1997). “De la zafra a la tierra kolla. Acerca de la construcción social de la Identidad en los valles intermontanos de la cordillera oriental (San Isidro- Salta)” en V Congreso de Antropología Social, La Plata.

—(1999). “Nuevo mercado de trabajo rural y gestión doméstica de los recursos en una comunidad andina (Iruya- Salta)”, en Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Buenos Aires.

—(2011). *Estrategias territoriales, recampesinización y etnicidad en los Andes de Argentina*. México, UNAM.

Isla, Alejandro (2002). *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Buenos Aires, Editorial de las Ciencias.

Karasik, Gabriela (1994). *Cultura e identidad en el noroeste argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

—(2010). “Haciendas, campesinos y antropología: conflictos sociales

y colonialidad en el extremo noroeste argentino en la primera mitad del siglo XX”, *Travesía Revista de Historia Económica y Social*, N° 10, pp. 197-223.

Lagos, Daniel (1992). “Conformación del mercado laboral en la etapa del despegue de los ingenios azucareros jujeños (1880-1920)”, en Campi, Marcelo (comp.): *Estudios sobre la industria azucarera argentina*, vol. II. Jujuy, UNJu.

Lanusse, Paula (2007). *Memorias y alteridades indígenas en Cachi, provincia de Salta*. Tesis de Antropología, UBA.

Lescano, Blanca (1984). *El mestizaje en Salta*. Tesis de Antropología, UNSa.

Lorenzetti, Mariana (2011). “Relaciones interétnicas y prácticas de atención de la salud en el Chaco Salteño”, *Revista Corpus*, Vol. 2, N° 2.

Lorandi, Ana María (2003). “Los Valles Calchaquíes revisitados”, *Anales Nueva Época* N° 6, pp. 273-285.

Luñiz Zabaleta, Florencia (2004). “Memorias de un conflicto. Finca San Andrés”, en Belli, Elena; Slavutsky, Ricardo y Trincherro, Hugo (comps.): *La Cuenca del Río Bermejo: una formación social de frontera*. Buenos Aires, Reunir.

Madrazo, Guillermo (1981). “Comercio interétnico y trueque recíproco equilibrado intraétnico. Su vigencia en la Puna argentina y áreas próximas desde la independencia hasta mediados del siglo XX”, *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 21, N° 82, pp. 213-230.

—(1996). “Historia de un despojo: el campesinado indígena del Noroeste argentino y su transformación campesina”, *Andes* N° 6, pp. 127-156.

Manasse, Bárbara y Arenas, Patricia (2010). *Arqueología, tierra y territorios: conflictos e intereses*. Santiago del Estero, Editorial Lucrecia.

Manzanal, Mabel (1987). “Pobreza y marginalidad en el agro argentino: la producción agrícola y su comercialización en Cachi, Salta”, *Cuadernos del CEUR*, N° 20, pp. 1-120.

Martínez, Miguel (2005). *La Antropología en Salta (1970 – 1982)*. Tesis de Antropología. UNSa.

Mastrángelo, Andrea (2001). “Arqueología, tradición e identidad. La acción cultural sobre los menhires de la cultura Tafi (Tucumán, Argentina)”, *Mundo de Antes*, N° 1, pp. 119-135.

Mata de López, Sara (2006). *Tierra y poder en Salta. El noroeste argentino en vísperas de la independencia*. Salta, CEPIHA.

Medina, Noemí Rosa (1979). *Enfoque antropológico de una sociedad folk: Santa Victoria Oeste*. Tesis de Antropología. UNSa.

Milana, Paula (2014). *La cuestión del “trabajo” en el campo de las políticas sociales “inclusivas” (Argentina, 2003-2013) y las prácticas del “trabajo a pulmón”. El caso de Iruya*. Tesis de Antropología, UNSa.

—(2015). “El Consejo Indígena Kolla de Iruya, entre políticas sociales ‘inclusivas’ y prácticas del ‘trabajo a pulmón’”, en: Álvarez Leguizamón (comp.): *Neocolonialismo, capitalismo y resistencias subalternas*. Rosario, Prohistoria.

Moritán, Matilde García (2008). “La cara aborígen del alto Bermejo”, *Ciencia hoy*, Vol. 18, N° 104, pp. 38-51.

Naharro, José Miguel (2014). “En torno a la memoria y el olvido. Sobre el diálogo entre perspectivas teóricas en los primeros años de la antropología salteña”, en Primeras Jornadas regionales de Antropología del NOA y Terceras Jornadas Internas de la Carrera de Antropología (online), pp. 17-36.

Naharro, José Miguel y Sosa, Virginia (1998). “Sistemas simbólicos y procesos de articulación social entre los grupos wichí del Chaco centro-occidental”, *Cuadernos de Humanidades* N° 10, pp. 9-26.

Naharro, Norma (1981). *Análisis antropológico de una comunidad campesina ubicada en el departamento de Guachipas, Salta*. Tesis de Antropología, UNSa.

Occhipinti, Laurie (2002). “Being Kolla: Indigenous Identity in Northwestern Argentina”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol 54, N° 27, pp. 319-345.

—(2003). “Claiming a Place Land and Identity in Two Communities in Northwestern Argentina”, *Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 3, N° 8, pp. 155-174.

—(2003a). “Mujeres como madres, mujeres como agricultoras: Imá-

genes, discursos y proyectos de desarrollo”, *Ecuador Debate*, N° 59, pp.123-136.

Ossola, M. Macarena (2013a). *Jóvenes wichí en la educación superior de Salta: interpelaciones escolares, étnicas y etarias*. Tesis de Doctorado en Antropología. UBA.

—(2013b) “La autoridad etnográfica interpelada. Tensiones contemporáneas sobre la(s) escritura(s) de la otredad”, *Universitas Humanística*, N° 75, pp. 63-80.

Palmer, John (2005). *La buena voluntad wichí. Una espiritualidad indígena*. Buenos Aires, APCD-Asociación-CECAZO-EPRASOL-FUNDA-PAZ.

Patrana, Luz (2012). *La Identidad en Movimiento. El Consejo del Pueblo Tástil en la Quebrada del Toro*. Tesis de Antropología. UNSa.

Petz, Ivana (2010). “Pueblos originarios, estados provinciales y educación. Un análisis comparativo de las políticas y prácticas educativas en contextos de diversidad sociocultural en Salta y Formosa”, en Hirsch, Silvia y Serrudo, Adriana (comps.): *La Educación Intercultural Bilingüe en la Argentina. Identidades, lenguas y protagonistas*. Buenos Aires, Noveduc.

Pierini, Victoria (2012). “La comunidad india de Quilmes en la década de 1970. Reflexiones iniciales sobre la historia de su organización política y comunitaria”, en Rodríguez, Lorena (comp.): *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*. Rosario, Prohistoria.

Pizarro, Cyntia (2006). *Ahora ya somos civilizados. La invisibilidad de la identidad indígena en un área rural del Valle de Catamarca*. Córdoba, EUCC.

Ratier, Hugo (2010). “La Antropología social en argentina: su desarrollo”, *Publicar*, Año 8, N° 9, pp. 17-46.

Reboratti, Carlos (1974). “Santa Victoria: estudio de un caso de aislamiento geográfico”, *Desarrollo Económico*, Vol. 14, N° 55, pp. 481-506.
—(2008) [1998]. *El Alto Bermejo. Realidades y Conflictos*. Buenos Aires, La Colmena.

Rengifo, Juan (2013). “Experiencia, etnicidad y conocimiento en etnografías argentinas recientes del Gran Chaco (2000-2011)”, *Universitas Humanísticas*, N° 75, pp. 277-302.

Rodríguez, Lorena (2008a). *Después de las desnaturalizaciones. Transformaciones socio-económicas y étnicas al sur del valle Calchaquí, Santa María, Fines Del Siglo XVII a Fines Del XVIII*. Buenos Aires, Antropofagia.

—(2008b). “¿Mestizos o indios puros? El valle Calchaquí y los primeros antropólogos”, *Avá*, N° 13, pp. 77-96.

—(2012). *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*. Rosario, Prohistoria.

Rodríguez, Lorena y Boullosa, Maite (2013). “From Geneva to Amai-cha del Valle: A retrospective history of four indigenous leaders and their travels to ‘secure the land’”, *Nuevos Mundos, Mundos Nuevos* N° 2.

Rodríguez Mir, Javier (2008). “Los movimientos indígenas en América Latina. Resistencias y alteridades en un mundo globalizado”, *Gazeta de Antropología* N° 24.

Rufino, María Delia (1982). *Aspectos socioculturales en la Comisión y Tratamiento de Algún Tipo de delitos en la Comunidad de San Andrés – Departamento Orán*. Tesis de Antropología. UNSa.

Rutledge, Ian (1987). *Cambio agrario e integración. El desarrollo del Capitalismo en Jujuy 1550-1960*. Tucumán, ECIRA-CICSO.

Santamaría, Daniel (1992). “Migración laboral y conflicto interétnico. El caso de los migrantes indígenas temporarios en los ingenios saltojujeños”, en Campi, Marcelo (comp.): *Estudios sobre la industria azucarera argentina. Vol. II*. Jujuy, UNJu.

Santamaría, Daniel y Lagos, Marcelo (1992). “Historia y etnografía de las tierras bajas del Norte Argentino. Trabajo realizado y perspectivas”, *Anuario de IEHS*, N° 7, pp. 75-92.

Sabio Collado, Victoria (2012). *La comunidad Juan Calchaquí de Floresta, Ciudad de Salta. Vitalizando el pasado y forjando el devenir diaguita*. Tesis de Antropología. UNSa.

—(2013). “La ancestría diaguita, una filiación restituida”, *Uturunku Achachi*, N° 2, pp. 22-79.

—(2015). “Es en tiempos de injusticias cuando la gente se junta’. Or-

ganización y lucha del pueblo diaguita en Salta”, en Vázquez, Estela y Álvarez, Sonia (comps.): *Memorias del Vino, Paisajes de bodegas. Transformaciones sociales en Cafayate*. Rosario, Prohistoria.

Serbín, Andrés (1980). “Etnicidad y política. Los movimientos indígenas en América Latina”, *Revista Nueva Sociedad*, N° 49, pp. 57-71.

Serrudo, Adriana (2006) *Interculturalidad y práctica escolar: el maestro auxiliar bilingüe en la experiencia de la Escuela N° 4266 “Río Bermejo”. Carboncito. Provincia de Salta*. Tesis de Antropología. UNSa.

Schwittay, Anne (2003). “From Peasant Favors to Indigenous Rights, the Articulation of an Indigenous Identity and Land Struggle in Northwestern Argentina”, *Journal of Latin American Anthropology*, Vol 3, N° 8, pp. 127-154.

Steiman, Laura (2012). “Detrás de lo criollo. Tensiones clasificatorias sobre lo indígena en Amaicha del Valle. Primeras décadas del siglo XX”, en: Rodríguez, Lorena (comp.) *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*. Rosario, Prohistoria.

Tarragó, Miriam (2003) “La Arqueología de los valles Calchaquíes en perspectiva histórica”, *Anales Nueva Época* N° 14, pp. 13-42.

Torres Vildoza, Graciela (1981). *Formas actuales de producción agrícola en Guachipas*. Tesis de Antropología, UNSa.

—(2004). “Mujer campesina y trabajo. Su rol en la actividad productiva y reproductiva de los Valles Calchaquíes”, *Andes* N° 15.

Trincherro, Héctor Hugo (2000). *Los dominios del demonio: civilización y barbarie en las fronteras de la Nación, el Chaco Central*. Buenos Aires, Eudeba.

—(2000) *Antropología y Desarrollo. Una evaluación preliminar de las políticas y programas de desarrollo en la denominada Cuenca del Bermejo*, documento electrónico: http://www.unida.org.ar/Bibliografia/documentos/Antropologia_Social/Pueblos_Indigenas/Antropologia_del_Desarrollo_Hugo_Trincherro_PI_7.doc.

Trincherro, Héctor; Daniel Piccinini y Gastón Gordillo (1992). *Capitalismo y grupos aborígenes del chaco centro-occidental (Salta y Formosa)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Trincherero, Héctor Hugo y Noriega, Agustín (2004). “Políticas de desarrollo en la cuenca del Río Bermejo. Una evaluación del Programa de Acción Estratégico”, en Belli, Elena; Slavutsky, Ricardo y Trincherero, Hugo (comps.): *La Cuenca del Río Bermejo: una formación social de frontera*. Buenos Aires, Reunir.

Vázquez, Estela y Álvarez, Sonia (2015). *Memorias del Vino, paisajes de bodegas. Transformaciones sociales en Cafayate*. Rosario, Prohistoria.

Villagrán, Andrea (2013). “El vino más alto y bajo el más bello cielo’. Procesos de patrimonialización, turismo y estrategias empresariales. El caso de Cafayate (Valle Calchaquí), norte de Argentina”, *Vivencia* N° 42, pp. 41-62.

—(2014). “La Finca, el tiempo y los eventos en Animaná. Un acercamiento al pasado—presente de los Valles Calchaquíes, Salta”, *Memoria Americana* N° 2, pp. 147-182.

Wallis, Cristóbal (2010). “Discurso y realidad de la Educación Intercultural Bilingüe en comunidades wichí del Pilcomayo, Salta. ¿Es factible la interculturalidad en la escuela pública?”, en Hirsch, Silvia y Serrudo, Adriana (comps.): *La Educación Intercultural Bilingüe en la Argentina. Identidades, lenguas y protagonistas*. Buenos Aires, Noveduc.

Weinberg, Marina (2004). *Identidad y Política. Formas de organización en la Comunidad Kolla de Finca Santiago (Iruya-Salta)*. Tesis de Antropología. UBA.

Yazlle, Daniel (2009). *Territorialidad y demandas étnicas en comunidades peri-urbanas de Tartagal*. Tesis de Antropología, UNSa.

Yudi, Javier (2012). *Kollas de Nuevo: Etnicidades, trabajo y clasificaciones sociales en los Andes de Salta*. Tesis doctoral en Estudios Sociales Agrarios-UNC.

Zaffaroni, Adriana; Chaile, Francisco; Lajo, Javier y Choque, Gerardo (2011). *Kakanchic pájaro de las tormentas: la resistencia del pueblo Quilmes*. Salta, UNSa.